

C
Columna

Lejanía emocional con la minería

Paulina Nuñez Urrutia
Senadora



El distanciamiento emocional se da cuando una persona, por su propia decisión, decide poner una distancia con alguien o algo de manera consciente por alguna diferencia o conflicto. Las regiones mineras, salvo Antofagasta en áreas determinadas, en general presentan niveles sociales más bajos que los registrados por el país, siendo esto un importante desafío para las políticas públicas, la institucionalidad y la misma industria minera. La minería responsable genera desarrollo para las comunidades donde se asienta y aldeañas. Es una de sus obligaciones la mejora del bienestar social y la justa asignación de recursos generados en nuestras regiones.

Parto reconociendo que la minería ha hecho más de lo que la sociedad sabe, inyecta recursos y ayuda al país ante cada crisis, pero aún debe hacer mucho más en los territorios que impacta y sin perder la mirada de largo plazo, pro-

pio del carácter de la minería. De lo contrario la lejanía emocional que existe con un sector que trata de acercarse a las comunidades seguirá creciendo, sin entender mucho quienes están a cargo cuál es el vuelco que deben dar. No pueden seguir haciendo lo que han hecho los últimos 40 años en un mundo más complejo y una sociedad mucho más demandante. Deben detectar cuál es esa diferencia o conflicto que ha servido a las comunidades para decidir distanciarse emocionalmente del sector minero.

Acercarse, dejar de lado la lejanía emocional, antes de entrar en algunos temas puntuales como educación y tecnologías, ante todo requiere diálogo. Una conversación sincera, transparente y con todos los actores, partiendo por los locales. Todos deben estar disponibles. No es suficiente que las instituciones públicas por sí solas generen normativas que aseguren bienestar y una redistribución de los benefi-

“No pueden seguir haciendo lo que han hecho los últimos 40 años en un mundo más complejo y una sociedad mucho más demandante”.

cios. Ni que la sociedad se organice solamente para demandar sus derechos frente a quienes, por el acto extractivo, los han despojado de estos y de su territorio. Y menos que la minería responsable se limite a cumplir con las leyes vigentes o con lo que creen (sin haber tenido ese diálogo) es una consideración o compensación justa. Lo anterior me parece vital porque evidentemente cada uno defenderá su legítimo interés, en el más amplio sentido de la palabra. Y ese diálogo entre todos obliga a poner a la región por delante, a ese te-

ritorio que nos une y que queremos, para cada uno de los intereses legítimos, que progrese fuerte y seguro. Es allí donde nos reunimos. Si no somos capaces de dialogar y ponernos de acuerdo en cómo queremos llevar y administrar nuestra casa, qué será prioridad y dónde inyectaremos recursos, cada uno seguirá su camino y solo contribuirá a esa lejanía emocional. Siempre es importante revisar y renovar el Proyecto Región, un pacto local de desarrollo (funcional) que más convenga a la comunidad, es mi primera invitación.

Ahora, consciente que las necesidades son infinitas, los recursos escasos y el diálogo debe ser concreto, me voy a detener en dos cuestiones que considero relevantes: educación y tecnologías.

Si bien la actividad minera requiere de altos grados de especialización académica y capital humano, esto no se condice con los niveles de educación que imperan en las regio-

nes mineras. Algunos ejemplos: i) el Simce de matemáticas de los 8vos básicos, el promedio nacional fue de 263 puntos y las cinco regiones mineras estuvieron bajo ese promedio, ii) la distribución de la población de 18 años o más según nivel educacional, Antofagasta (6%) se encuentra dentro del grupo de regiones con menor porcentaje, iii) la tasa de asistencia neta a educación parvularia, Antofagasta evidencia 40,4% y Atacama 39,8%, tasas inferiores al promedio nacional de 42,3% (Casen). No es posible que en regiones mineras los indicadores estén bajo el promedio nacional, no sólo por la mayor posibilidad de inyectar recursos sino también por la importancia de tener mano de obra local capacitada que el día de mañana.

La mayor inversión de la minería debe ser en la educación de las comunidades donde están asentados, en educación parvularia, escolar y superior (técnica y profesional).

Inyectar recursos en educación es apostar a largo plazo por el bienestar de la población. Hay notables ejemplos en la zona, pero una golondrina no hace verano. Esta es mi segunda invitación, un mayor esfuerzo en educación.

Y mi tercera invitación es poner sobre la mesa una mayor inversión en tecnologías e innovación, otro punto en el que nos vamos a encontrar. El desarrollo de las tecnologías en la cadena de valor del sector aporta definitivamente a los grandes desafíos de la sociedad, de los territorios. Fomentar y aumentar el uso de las energías renovables, hidrógeno verde, bajar las propias emisiones, entre otras. Y lo anterior migrando hacia una integración de tecnologías y por supuesto de la mano de universidades locales, la academia y la investigación aplicada en la zona.

Dejar de lado esa lejanía emocional y reencontrarnos depende de nosotros. 